

MATAR EL DIBUJO

Me disloqué el hombro. Duró centésimas de segundo, el hueso se salió de su cuenca para recolocarse inmediatamente después. Quedó un dolor como un leve ruido de fondo y una inflamación que la vista no podía detectar. 'Como si nunca hubiese sucedido?', diría, tal cual se dice a menudo de aquellos sucesos que lo cambian todo.

A riesgo de comprometerlo, diagnóstico que el cierre de Pensar el final compromete el final tendrá sus parecidos.

La exposición de Laura Mesa es la causante de esta otra lesión. La artista ha dislocado una articulación que, por inactividad, se encontraba anquilosada, y el resultado ha sido un descoyunte tan tremendo en resultado como leve en ejecución.

Intentaré explicarlo: a la sala de arte entras a través de una cortina que mantiene todo oscuro. Al principio no ves nada, pero es cuestión de esperar a que te acostumbre la vista. Después ves más, pero no lo suficiente para evitar la ilusión; y es que un zócalo flotante dibuja la planta de la sala, torcida unos 20 grados, a tamaño real, sobre el propio suelo del espacio expositivo. Las paredes se cortan entre sí y un juego de luces ejecuta el truco camuflado: los leds ocultos alumbran la superposición de espacios –el que venía dado y el propuesto por la artista–, mientras que «lo que queda afuera» se mantiene en penumbra. En un primer momento piensas que entre ambos espacios hay un cristal oscuro, pero tímidamente acercas la mano y notas que nada la detiene. Continúas con un pie, y cuando te has dado cuenta ya has pasado de un lado a otro. Sientes que debe ser ciencia ficción: has atravesado un portal. Desde el otro lado el truco es obvio, y miras a «los de ahí afuera» con ojos nuevos: como si más bien fueran «los de ahí adentro»; como si acabaras de escapar de aquella caverna.

En el suelo de este nuevo espacio, un codo, una cadera, una rodilla, un hombro. Y, si bien su tridimensionalidad podría hacerte creer que son esculturas, a las articulaciones humanas encarnadas en grafito se les llama dibujo.

Sobre los negruzcos pedazos amputados, Laura Mesa aplica presión con centenares de láminas de papel. De un papel absurdo, compuesto íntegramente del mismo grafito, como si la guerra contra el blanco hubiera terminado, la técnica fuera el soporte, el cielo fuera en la tierra, y el dibujo total fuera posible. EL dibujo total o su muerte.

Y es que, cuando la inflamación invisible se retiró, mi hombro adquirió una ligereza nueva. Y «si 'pensar el final compromete el final, pero no el mundo', sólo cabe construir tentativas que nos ayuden a dibujar otro desenlace posible». Romper un hueso para enderezarlo, abrir una herida para curar la infección, parar el corazón para salvar la vida. Matar el dibujo.

Alba González Fernández